



HONORÉ DE BALZAC, *Fisiología del funcionario*, trad. de Hugo Savino, Mármara Ediciones, Madrid, 2018, 160 pp. ISBN: 978-84-947189-5-3.

Como el Estado paga muy poco a sus funcionarios, los funcionarios están obligados a dividirse entre la administración y otro trabajo, de manera que los asuntos se dilatan.

*Fisiología del funcionario* (p. 115)

En las primeras páginas, Balzac nos advierte enseguida acerca de la relación del funcionario, un tipo administrativo inexplicablemente desencantado (de hecho, se pregunta si es la estupidez lo que hace al funcionario o, por el contrario, el trabajo del funcionario lo que lo lleva a la estupidez, en un intento por explicar de ese modo el celo de la administración), con el capitalismo, sencillamente la creencia en el dinero o en el poder del dinero por encima del resto de cosas, considerada (irónicamente el “bello ideal”) como la cuestión estética esencial que representa el ideal de nuestra sociedad moderna. No exento de lo que Werner Sombart ha caracterizado en *Lujo y capitalismo* como el despilfarro o derroche (“los trabajos que no son urgentes ni necesarios”, en palabras de Balzac), el capitalismo se refiere, por contradictorio que sea, a una estructura lógica de inversión de los valores que constituye una paradoja, a saber: una inversión del capitalismo que, aunque no deja nunca de producir, y esa es siempre la clave del capitalismo moderno, dispone del producto sobrante de manera improductiva como un objeto o artículo de lujo, sin ningún fin de aumentar la riqueza. En ese sentido, la lógica del capitalismo aparece ilógica.

Así, en su aspiración permanente a suplir en cierto modo lo que Albert Camus llamó las pasiones de la tierra por el consumo ilimitado y la explotación de la propia tierra, por un gasto excesivo en las condiciones para vivir en el mundo que habitamos, sin dejar de apelar a nuestro sentimiento mortal, la lógica interna del capitalismo ha producido una plusvalía real que consiste en su propia demostración de fuerza bruta, una demostración de la omnipotencia irracional del capitalismo, sustitutiva de la deidad, condicionada por la posibilidad de producir en todo momento más de lo necesario para la vida normal, lo que supone desde el primer momento una dinámica incontrolable que atenta mortalmente contra la existencia del hombre hasta tal punto que el producto que sobra no merma la actividad productiva, esto es, la producción incesante, que es lo decisivo.

Una consecuencia lógica del capitalismo contemporáneo es, sin duda, el Estado administrativo. Tal como lo describe Balzac, el Estado administrativo tiene que ver con la administración del gobierno central y, por tanto, la suspensión de los directorios generales. La centralización del Estado conlleva la desaparición del lujo; en tanto que la distribución del Estado administrativo en la gran cantidad de cargos menores

obligaría a asumir la responsabilidad oportuna y conveniente como la función más pragmática de todas que sirve para ordenar el Estado. Para sobrevivir, la administración tiene, en efecto, una tendencia a la simplificación a la que recurre. La administración es, sencillamente, una forma de organización y el carisma del funcionario, si tiene uno, consiste en el “modo de instalarse” dentro de esa administración. (Sería conveniente registrar en la obra de Balzac las diferencias entre el burócrata y el funcionario, en sus propias palabras, como una cuestión de matiz, aunque a veces se refiere a ambos indistintamente [p. 61]).

El hecho es que todos los ciudadanos, sin distinción, configuran el Estado. Ahora bien, el Estado no protege, dice Balzac, al funcionario debido a la existencia de una especie de clientelismo (la palabra no es del literato francés) que permanece en el fondo de la *Fisiología del funcionario*, a saber: el Estado busca en todo momento protegerse a sí mismo, en la medida en que no protege al funcionario, frente a la amenaza omnipresente de la estructura aparentemente autodestructiva del propio Estado, no por la posesión del poder en sí a menudo susceptible de corrupción. En otras palabras, la seguridad, que es la cualidad principal que promueve el Estado, no el poder, tiene un carácter autorreferencial y deja desprotegido al funcionario ante el Estado a cambio de perder su propia libertad, es decir, su disposición natural a obrar libremente cuando la situación lo requiere. En ese sentido, el funcionario es el Estado, pero el Estado no se identifica con el funcionario.

Por tanto, el funcionario resulta un “extraño” necesario para el Estado (razón suficiente para “sospechar” de su inteligencia), ya que su propia función inmanente, carente de voluntad, es parte de un mecanismo de repetición más grande que opera sin prestar atención al detalle y, sin embargo, sin atender a los detalles más insignificantes, la máquina del Estado se detendría sin solución de continuidad. (Basta visualizar *Tiempos modernos*). En ese sentido, podría decirse que el funcionario es un reflejo fiel del poder ejecutivo, no solo el engranaje imprescindible para la administración del Estado. Se trata, indefectiblemente, de un Estado carismático cuya voluntad final es siempre apelar a la funcionalidad, no al uso legítimo del poder o la violencia, a fin de reivindicar su estado de permanente necesidad de sí mismo y, a diferencia del individuo, su propia autosuficiencia, lo que redundaría, por paradójico que parezca, en detrimento del Estado, de los ciudadanos sin los cuales el Estado no existiría.

De hecho, el último de los trece axiomas que describen al funcionariado reza: “Para ser algo hay que empezar por ser todo” (p. 150) y ser todo significa fundamentalmente ser rico, de manera que está justificado que el funcionario “trabaja poco porque recibe poco” (p. 151). En resumen, el funcionario no es tan productivo como el Estado administrativo, que es un Estado económico que distribuye la riqueza de tal modo que aumenta la riqueza del tesoro del Estado y se prodiga en la división del trabajo sin rentabilizar realmente el tiempo del funcionario, es decir, sin considerar la relación proporcional entre el rendimiento seguro y la remuneración compensatoria.

Por contraposición, la representación del secretario particular poseído por el “genio familiar” característico del *daimón* socrático es la que está más próxima al filósofo, considerado como el consejero del político o el gobernante, a saber: la política de un hombre que prevalece sobre el “hombre político” como la antítesis práctica del “hombre de Estado” (p. 72). Eternamente fiel al político, o al ministro, el filósofo, o la “política de un hombre”, debe pasar inadvertido ocultando sabiamente su pensamiento. Por tanto, que el principal engranaje de la administración debería, como indica Balzac, permanecer oculto por el bien del funcionamiento general público del Estado significa un conocimiento privado o esotérico, un reconocimiento de la *res*

*privata* que suspende las condiciones de posibilidad de la república francesa bajo la monarquía de Luis Felipe. De esta manera, el secretario particular introduce una nota ética urgente en la política inmediata que es ratificada necesariamente en el momento decisivo. Entonces, la política es aquello que no se ve. Al contrario de lo que pensaba Hannah Arendt, la acción no es el núcleo de la política, sino, digamos, la realización oculta e inmediata del contenido de la acción cuya existencia se da por hecho. Así, el político trabaja con “hipótesis” que tiene el poder de realizar, por lo que su ventaja respecto a la marcha ordinaria del mundo es clave. Aunque le concierne directamente la vida común cotidiana, su poder le confiere la autoridad para representar lo extraordinario y, en ese sentido, la enseñanza del político es incomparablemente valiosa en cuanto que muestra lo aparente como lo decisivo de la realidad en que vivimos. No obstante, descifrar lo aparente y lo superficial de las cosas que nos conciernen a todos es también la tarea de todos aquellos que no nos dedicamos a la política.

En otras palabras, debido a su resistencia a ser catalogado abiertamente como un logro histórico, el secretario particular, según el axioma de Balzac, el “amigo que el gobierno nos ha ofrecido” (¿es posible la amistad en la política?), representa, y parte con ventaja respecto a la percepción general del hombre común, el “ingenio” característico para Balzac de la literatura francesa, siempre presente en sus páginas en la forma de la ironía burlesca, o mofa inteligente. Pero Balzac dice que el “filósofo de las administraciones” —a diferencia del supernumerario, en concreto el supernumerario pobre, aparentemente optimista y razonable, cegado por la ilusión, que resulta, aunque ponga a “prueba” la estabilidad del sistema, el ejemplo de fe ilimitada en la administración— es en realidad el chico de los recados, “experto en las costumbres burocráticas”, perseverante y astuto, cuya actitud esencial va promisoriamente un paso por delante del funcionario.

No es una casualidad que Balzac haya sugerido que la injusticia (“hay cuatro mil francos de renta para el hombre que perfora la tierra, y solo dos céntimos para el sabio que inventa el taladro”) y la impiedad (“servir a todo el mundo es servir a nadie”, [p. 38]) son los rasgos principales del Estado, teniendo en cuenta que el Estado es, precisamente, “todo el mundo” para él; una acusación que puede interpretarse, sin temor a equivocarnos, como una reivindicación de Sócrates, de manera implícita, frente a la declinación y ulterior caída de Atenas, del Estado supuestamente democrático por excelencia y por antonomasia.

**Antonio Fernández Díez**